

Rojas Jiménez, un "poeta maldito"

Mi recuerdo te alcanza frente a los días festivos/ y en el alba que yergue sus puñales de ceniza./ Apareces en la hora de las pobres esperanzas/ o levanto tu imagen en la voz de los niños./ Lejos de ti, aún residuo en tus ojos./ Agrupo allí la sombra que tu fatiga reclama./ Vigilo el silencio que ahuyentas con mi nombre/ y es cierto que mis manos distantes e invisibles/ crean, cada noche, un sol bajo tu lámpara.

¿De quién son estos versos? Ultimamente me ha dominado la manía de hacer miniencuestas entre amigos, conocidos y parientes. Entre diez personas de diversas edades y aceptable instrucción literaria, seis me dijeron que les sonaban a Neruda; dos, que podían muy bien pertenecer a Romeo Muga; una se "rindió", prefiriendo no comprometerse, y sólo una (curiosamente un joven) acertó en la solución correcta: Alberto Rojas Jiménez. Sí, el mismo que "viene volando" en la maravillosa elegía que le escribió Neruda desde España al enterarse de su

muerte. Se trata de la última estrofa de su largo poema "Carta Océano", reproducido en el diario "La Opinión" de Santiago, en 1934, a raíz de su trágico fallecimiento unas semanas antes. Es el más conocido de sus trabajos y ha llegado a los lectores a través de diversas antologías poéticas. Quizás sea uno de los únicos poemas que le conocen las nuevas generaciones literarias.

Rojas Jiménez, un hombre que "le daba vida a las palabras", según Oreste Plath, que "vivenciaba más allá de la realidad, de la imaginación y de la ensoñación" y cuya lengua "florecía de relatos y leyendas asombrosas", fue un gran "poeta maldito". Así se ha llamado a los protagonistas de la bohemia total o a quienes, conducidos por los excesos, llegaron a estrellarse con un fin trágico y, por lo general, prematuro. Edgar



Allan Poe es un ejemplo. Rimbaud, Dylan Thomas, Sylvia Plath, otros.

Rojas Jiménez, cuenta Luis Enrique Délano,

"sobrellevaba su bohemia con dignidad y era fino aun bebido, en momentos en que a otros se les cae el vocabulario y la razón". Nació cuando terminaba el siglo XIX (aunque dicen que se quitaba un año para ser "contemporáneo") y murió a los 35, como consecuencia de una áspera noche de farra: no tenía dinero para pagar su consumo en el bar y uno de los mozos lo obligó a dejar su chaqueta como prenda y "lo lanzó a la calle en una noche de lluvia

despiadada", dice Oreste Plath. Consecuencias: una bronconeumonía y la muerte. La medicina no disponía aún de los

salvadores antibióticos.

Gran trabajo el realizado por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, dirigido por Alfonso Calderón en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Un enorme y necesario libro, "Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba". En él, Oreste Plath, con el apoyo de Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers, nos entrega la visión más completa posible de este notable poeta desaparecido hoy de las noticias y las tertulias, y lo hace a través de su propia poesía, sus espléndidas crónicas desde Francia y Alemania, donde vivió en "los años locos" (además de las crónicas chilenas), sus dibujos, una buena colección de fotografías con personajes de la época, anecdóticos y, sobre todo, la serie de retratos, narraciones y opiniones sobre su persona y su obra que trazaron algunas de nuestras más destacadas plumas, Salvador Reyes, Diego Muñoz, González Vera, Coloane, Luis Merino Reyes, por nombrar a unos pocos.